

ct

Informe Titán

de
Eva Hibernia

(fragmento)

El hombre está esposado, las dos manos entre sí y una larga cadena que comunica con las esposas de los pies. Lleva un mono naranja y una capucha negra que le cubre toda la cabeza.

Una silla de metal, fea, con ruedas.

El espacio escénico ideal sería un enorme espejo en el fondo de la escena, inclinado de tal manera que el público pueda verse.

La sensación es que a izquierda y derecha de la escena el espacio es un enorme túnel.

Un charco de agua en alguna parte del suelo.

Una comadreja.

HOMBRE

No, no señor, no es como lo cuentan. Yo no era un Titán. Siempre he sido un chaval normal. Nada me diferenciaba del resto de los chicos. Todos los niños aprenden a obedecer a sus mayores y yo también aprendí, ya le digo, un chico normal. Pero también todos los chicos sueñan con un destino mejor. Ese ha sido mi pecado, el amor. Pero un Titán no, lo hice sólo con mis fuerzas, con mi miedo, con mi voluntad. ¿Qué debe de pesar eso en la balanza? ¿50 kilos? Como mucho. El resto los huesos, la linfa, los cartílagos, la pobre materia de la que estamos hechos. Yo era muy delgado. Hablo de mí en pasado, como si ya no existiera ¿se da cuenta? Me anticipo a sus conclusiones, ciudadano Robespierre. (Pausa) No, no es eso, no le allano el camino. Es que de verdad no puedo hablar de mí, ahora, como si yo supiera algo de este que habla. Puedo hablar del de antes, de ese que tenía un nombre y una madre y un padre y un tío y vecinos y aldea. Ahora... ¿de qué quiere que hable? (Pausa) No es como lo cuentan, lo escuché en las noticias, no es así. (Pausa) En mi aldea no nacían Titanes ¿entiende? Los niños son niños, con los ojos grandes y los tobillos finos. Yo era uno más. ¿Pueden quitarme la capucha? Supongo que los Titanes y los monstruos no tienen cara, así dan más miedo y menos miedo a la vez, porque no son humanos, pero yo tengo una. Al menos la tenía antes. Ahora... no sé. Hay gente que se queda sin rostro. Cerca de mi aldea a las chicas les echaban ácido en sus caras. Por suerte yo nunca tuve una hermana, pero los otros niños me dolían igual, aunque yo fuese un niño más. Sabía que algo no estaba bien, aunque fuese lo más normal del mundo. Lloraban mucho, y era raro verles jugar, corretear a trompicones con aquello en el pie derecho. Y siempre las heridas. Las moscas nos iban a las llagas, nos chupaban la sangre y a veces nos subía fiebre de muerte y muchos morían. Todos los días. Los pequeños, claro. Los adultos ya no morían a pesar de que a ellos se les hacían las llagas igual, porque el roce del metal hora tras hora desuella la piel más fuerte. ¿Usted sabía eso? Es imprescindible que sepa eso porque si no nada se entiende, al fin y al cabo usted quiere entender, ciudadano Robespierre, ¿no es verdad? Pero no se puede entender, no de verdad, si no se vive con un grillete aherrojado a tu tobillo día tras día, noche tras noche. Así vivíamos. Nada más comenzar a andar nos remachaban los grilletes y era un espanto oír el chillido de la criatura, aunque le ponían vino en la boquita para que le fuera más soportable, aunque todas las mujeres gritaran aún más, en un alarido festivo y se tocasen panderos y se encendieran hogueras de alegría y se alzase al crío en brazos y se diese gracias a Dios y se anunciara en una lengua muerta que un nuevo niño entraba de lleno en la comunidad. Las madres más jóvenes intentaban retrasar que sus hijos se alzasen sobre sus dos piernas. Mi tío las reprendía. Aprended de las viejas, les reñía, para todos es una dicha entrar en la comunidad de los hombres, vais a hacer inútiles a vuestros hijos si siguen gateando como corderos. El ser humano está hecho

para alzarse sobre todos los demás seres y llevar un grillete en el pie derecho. Las mujeres viejas asentían. Todas eran viejas después del tercer crío. Ya no se preocupaban de achatar al niño contra el suelo, lo animaban, indiferentes, a que se pusiera de pie como un hombre. Un hombre con su grillete, un hombre como Dios manda. Así nos sermoneaba mi tío. Mi tío era nuestro líder espiritual. *(Pausa)* No, yo no lo odiaba, al contrario, le quería mucho. Besaba su mano cuando me lo encontraba por la calle y él me consolaba sobre todas las cosas. Mi tío siempre parecía saber la verdad, no dudaba nunca, no se quejaba nunca, y de hecho su tobillo nunca tenía heridas, no sangraba, a pesar de que a veces se imponía apretar las tuercas de su grillete hasta que le abriese la carne para así compensar las fechorías que algunos hacían, de ese modo se sacrificaba por todos nosotros; para que la mala suerte no cayese sobre nosotros se autoimponía esa disciplina. Toda la aldea amaba a mi tío, a quien no le importaba sufrir el doble que a los demás. Y como sufría el doble tenía derecho a decirnos todo lo que hacíamos mal, total, luego el pagaba por nosotros ajustándose las tuercas del grillete. Pero no sangraba *(Pausa)* Extraño ¿verdad? *(Breve pausa)* Mi mejor amigo decía que mi tío no sangraba porque estaba muerto, y que por eso también hablaba en una lengua muerta, pero mi madre decía que su hermano no sangraba porque era un elegido de Dios, y que hablaba una lengua que ya nadie entendía porque las lenguas santas no hay que entenderlas si no te han elegido para ello. Yo creía a los dos, a mi madre y a mi mejor amigo. ¿Los Titanes tienen madre? Bueno, madre tiene todo el mundo. Pero ¿un mejor amigo? Usted, ciudadano Robespierre ¿tiene un mejor amigo? Claro que sí, porque es un ciudadano, no un ser fabuloso aunque fabuloso es su poder. Yo no soy un ciudadano, soy un aldeano y mi aldea está muy lejos. Soy sólo una criatura, una más, que nació y a la que nada más dar su primer paso le encadenaron el pie derecho. Y que tuvo un mejor amigo. ¿No quiere verme el rostro? Debe ser desagradable mirarme con esta capucha por cabeza. Me han dicho que ustedes son muy pudorosos y que por eso tienen siempre espejos, para no caer en la vergüenza de no poder reconocerse. Por eso debe ser hasta angustioso verme así, como algo amorfo, como una sombra en un mal sueño.

(Pausa. En diagonal entra una secretaria arquetípica. Vestida con traje sastre ajustado, oscuro, blusa blanca abotonada, gafas de pasta cuadradas y negras, tacones exagerados que hacen un reverberante sonido característico. Se para ante el hombre. Se pone unos guantes finos de cuero. Quita la capucha al hombre que sale volando hacia el peine del teatro. La secretaria saca una linterna, se inclina y mira las pupilas del hombre. Él se resiente de la luz y cierra los ojos. Ella le da una bofetada impaciente pero sin demasiada violencia. Él, obediente, se esfuerza por mantener los ojos abiertos. Ella acaba. Se va haciendo otra diagonal)

Gracias *(Pausa)* He escuchado las noticias. Dicen que debía estar drogado o que soy un Titán. Ni lo uno ni lo otro. No sé que habrá visto esa señora en el fondo de mis pupilas; ni lo uno ni lo otro. Si yo tuviera una lamparita para ver el fondo de mis pupilas vería, seguro, un hombre andando. El primer hombre que vi andando sin grillete en el pie. Yo tenía 10 años y en ese tiempo había mucho trajín por nuestras tierras, venía gente de fuera, extranjeros les llamábamos, no venían a quedarse, muchos de ellos eran periodistas. Otros, hombres de negocios. Caminaban deprisa, muy deprisa. Y yo los miraba pasmado. Ninguno cojeaba. Ninguno tenía un pie dolorosamente herido e infectado. Mi tío sorprendió mi mirada, mi admiración, la pregunta que asomaba a mis labios. Intentó rebanármela de cuajo con muchos mandobles de palabras, palabras bestiales porque estaban llenas de su Dios. Ama tus grilletas, pequeño, pues son lo único por lo que merece la pena vivir. Nadie bajo este sol es feliz, bueno ni respetable si no lleva la cadena que nosotros llevamos. Mi tío tenía una voz dulce, pero sabía llenarla de sombras y acentos funestos. Además, hijo, decía, con solo

pensar en quejarte de tus grilletes ¿no sabes que un rayo puede caer sobre ti y fulminarte? Ya no es sólo tu muerte, hijo, tu insignificante muerte; es la desgracia para toda tu familia y para todo tu pueblo, tú, el señalado y vomitado por Dios de su boca. Mira hijo, envidias a esos marranos, a esas bestias apestosas, a esos rufianes, ladrones, aberrantes criaturas infrahumanas, pero lo único que puedes hacer es apenarte por ellos, pobres miserables que no conocen la dicha de llevar cadenas. La escoria, siempre será escoria, hijo mío, ¿quién dice que andar deprisa sea deseable? ¿andar deprisa para alejarse de Dios? Dios nos quiere rencos y obedientes para que podamos acercarnos a él como corresponde. *(Pausa)* Mi tío no tenía lamparita, como esa señora, la doctora o policía o lo que sea que me ha metido su luz en el ojo. Tampoco le hacía falta. No necesitaba de ningún otro instrumento que su palabra para metérsenos en la cabeza. Sus palabras eran viscosas, ciudadano Robespierre, ¿ustedes también tienen palabras viscosas para sus niños, ciudadano Robespierre? Estoy seguro de que sí y de que por eso me han traído aquí y me han disfrazado de cadáver, porque es alarmante que un niño crezca entre palabras viscosas y aún tenga fuerzas para erguir sus propios pensamientos; si lo he hecho yo que he nacido en la última aldea del mundo y he sido alimentado con leche de cabra y boniatos, ¿qué no podría hacer un niño de ustedes, ustedes que siempre estarán en el centro de la Historia y que dan a sus niños todas las vitaminas en una sola pastilla? Por eso me quitan importancia magnificándome burdamente y dicen en los periódicos que yo era un Titán, mientras aquí me van a matar como a un simple hombre. De un tajo, de un tiro, de una descarga eléctrica. No cuesta mucho matar a un simple hombre. Yo, sin embargo... imagine con lo que me tuve que enfrentar... No, no puede hacerse la idea. *(Pausa)* Si pienso en cómo he sido educado no puedo reprocharle, ciudadano Robespierre, que me aplique este disfraz de difunto, porque siempre hay que reforzar de una u otra manera las ideas que queremos inculcar al otro, ¿verdad? Así lo practicaba, como usted, mi tío, que después de decirme todo aquello sobre los demonios extranjeros me dio a besar su mano y me dejó marchar. A la noche ya había hablado con mi padre quien para reforzar los argumentos de mi tío utilizó los suyos levantándome la piel a tiras con su cinturón. Mi madre terminó la labor, mientras curaba las heridas exaltó la beatitud de su hermano, la nobleza heroica de mi padre y me exhortó, entre lágrimas, a ser al menos la mitad de bueno que ellos. *(Pausa)* Yo hice lo que los otros niños, comencé a insultar a los extranjeros que pasaban, a robarles las cámaras y destrozarlas contra las rocas, a mendigar chocolate y a comerlo con rabia.

La comadreja emite un potente grito y comienza una danza hipnótica, como la que hace cuando quiere cazar un conejo. Se acerca a los pies del hombre entre sus raras convulsiones. Este pega una fuerte patada. La comadreja se retira a la orilla del charco y bebe.